

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 75 AÑO 2010

TEMA 3.9: PARSIFAL

TÍTULO: **LA MUERTE DE PARSIFAL – UN CUENTO DE PENTECOSTES**

AUTOR: *Houston Stewart Chamberlain*

En el Templo del Gral se celebraba Pentecostés con un festivo Servicio Divino. El sol estaba todavía alto en el cielo.

Parsifal amaba la soledad, así, después que el último caballero abandonó el bendito recinto, subió a la elevada cúpula y entró en el plano tejado que son habituales en el Sur. Lo rodeaba una baranda de un raro pórvido azul. Este punto era el más elevado del gran castillo del Gral y la bóveda de la imponente cúpula lo protegía del multicolor hervidero del castillo. Aquí, flotando entre cielo y tierra, Parsifal tenía a sus pies vastos bosques, rocas y – sólo por las mañanas – la costa luminosa, plateada como el casco de un alegre caballero del Gral, y tras ella el azul oleaje del mar, que inconmensurable, se fundía en la distancia con el azul del cielo, ante lo cual los ojos no podían captar donde el agua y el aire se separaban. Aquí era donde Parsifal amaba permanecer en el silencio de la noche contemplando la inmensidad estrellada. Allí se sentía tan pequeño que el peso que soportaba se deslizaba de sus espaldas y la corona que ceñía su cabeza, el infranqueable muro que lo separaba de sus semejantes, se convertía allí arriba en una más de las estrellas. Entonces, de vez en cuando, aparecía una sonrisa en sus labios, de inmediato juntaba las manos en oración y se le podían escuchar las palabras: “¡Hágase Tu voluntad!”. Pero también, cuando el sol alcanzaba el cenit y la bendición de sus rayos caía de manera que obligaba al hombre y a los animales a refugiarse en la sombra, Parsifal buscaba allí un tranquilo mediodía. La noche le había permitido ver claramente en el interior de su alma, además las estrellas, que durante el día permanecían ocultas a sus deslumbrados ojos, le hacían guiños como hermanas gemelas. En cambio, durante el día los rayos del sol cubrían el mundo con una luminosa diafanidad.

Y cuando en el oscuro Templo se descubría el Gral, este irradiaba su interno ardor parecido al de las nocturnas estrellas, anunciando un mensaje de vida eterna ...

Así le parecía ahora encontrarse inmerso en un mar de luz, la inextinguible exuberancia de la naturaleza descubría su cuidadosamente oculto misterio. El que hoy a él se le descubría era: la Muerte.

En el recinto del Gral los animales se consideraban “sagrados”; también las plantas eran respetadas por el hombre. Acercándose al mar, gigantescos pinos se elevaban a gran altura, expandiéndose a lo alto en un frondoso techo, así como los oscuros cipreses mostraban entre las plantas su elevada impronta; de algunos de ellos colgaban raíces sobre las rocas hasta llegar a las olas azules. Tierra adentro, en torno al castillo, había nogales y también un bosquecillo de algarrobos de San Juan, puestos allí como recuerdo del San Juan primer protector del Gral. A lo lejos se extendían, hasta donde la vista alcanzaba, unos impenetrables bosques de alcornoques eternamente verdes.

El alcornoque no es un árbol muy poderoso, así en su escasa sombra crecen los matorrales que alcanzan la altura del hombre y cuando se encuentran en zona cálida y son tan numerosos como aquí, ponen más dificultades para avanzar que las que ponen los fosos y murallas de la ciudad más protegida. Y de hecho, como las ondulantes olas del mar chocan contra las rocas, así, en el territorio del Gral, se chocaba contra la viva pared de las plantas. Permanentemente en guardia los enebros blancos, los jazmines, madroños, espinosas palmeras y cientos de otros arbustos de los cuales la lengua alemana no conoce el nombre, crecen aquí en frondosa cantidad. El mirto se encontraba justamente en flor, por la noche su perfume embalsamaba el aire, ahora, al mediodía la delicada flor permanecía cerrada. Pero el cálido sol extraía de hojas y raíces las más valiosas esencias; como un denso incienso subía hacia el cielo un azulado vapor que aturdía los sentidos. Otras veces Parsifal dejaba que estos aromas lo meciesen en bellos sueños; pero hoy súbitamente le recordaban las catacumbas que había visitado a menudo en sus caminatas. Los creyentes perseguidos escondían allí los cadáveres de los suyos hasta que pudiesen descansar en tierra bendita; se intentaba luchar

contra las emanaciones mortuorias con la quema de aceites procedentes de estas mismas plantas. Aunque el cielo fuese tan azul y el sol tan dorado, el recuerdo introducía a Parsifal en el reino de la muerte.

Por ello su mirada se endureció ante este agradable e inocente mundo vegetal ... lo que él veía era un furioso ejército luchando a vida o muerte. Las armas en la mano, el odio en los rostros, se enfrentaban unos contra otros como si el bello sol fuese el horroroso, silencioso e inmóvil rostro de la Gorgona. Solo el cedro, en su realeza, se inclinaba hacia el mar evitando la lucha. Hasta el majestuoso pino únicamente ofrecía su sombra a sus mismas raíces, todo lo que en su entorno quería crecer se ahogaba sin piedad bajo el peso de sus agujas. El alcornoque retorcía sus miembros en una expresión de dolor, era la encarnación de un mudo desespero. Pero lo que más que nada captaba la mirada de Parsifal era la penetrante expresión en las fisonomías de los arbustos; sus “gestos” se convertían, al diseñar sus entornos, en una expresión enérgica que mostraba más agresión que resignación. En todas las hojas aparecían espinas; en algunos estos brotes habían desaparecido y las ramas, con espanto de los murciélagos, se habían convertido en potentes armas parecidas a un puñal. ¡Venenosas flores, venenosas bayas, venenosos aromas! ... y cuando el ojo experto de Parsifal escudriñaba los arbustos descubría un nuevo mundo, el mundo de los arbustos que habían transformado sus colores y sus formas, las verdes hojas eran escarabajos, también las hojas marchitas, las rojas bayas, al transformarse, parecían grandes y musgosas arañas, las cortezas de los árboles eran lagartos, pequeñas serpientes colgaban, como raíces muertas, de las ramas de los alcornoques ... todo parecía cobrar vida, por todas parte se abrían cientos de ojos. Además estos animales eran tan parecidos a la vegetación, que aparentemente tenían la misma inquietante falta de movimiento, la misma impresión de estar embrujados, (como los seres del palacio de la Bella Durmiente) y cuando en los grandes espacios uno u otro se ponía súbitamente en movimiento, siempre era con una intención sangrienta. A Parsifal le pareció que eran almas salidas de los oscuros despojos de las plantas, esto era lo que respondía a su sutil malicia, a su impetuosa violencia dentro de la imagen de inmovilidad.

El anuncio de muerte que ellas pregonaban era todavía más cruel que el de los seres más evolucionados, en ellos existe el sonido de la voz que se dirige a los corazones, aquí en cambio, ante el grito anhelante, el grito de espanto y de dolor, no existía la esperanza, y el desespero era mudo. A pesar de todo Parsifal recordaba el suave murmullo del mediodía con la lejana música de las esferas que hasta entonces había creído escuchar por la noche; pero para él era todavía más intenso el profundo silencio de la constante imagen de muerte de los innumerables seres.

Pensativo Parsifal se inclinó sobre la baranda; en este momento el luminoso día le pareció una vacía máscara que intentaba ocultar a la fugaz mirada la faz de la muerte reinante; él añoraba la noche y sus estrellas. Entonces el silencio fue roto por un grito desgarrador. En el cercano bosque había despertado un ruiseñor; justo cuando quería volver a poner su cabecita bajo el ala percibió, en una aparente rama seca, dos ojos; asustado el animalito intentó huir, todo el espacio celeste se le ofrecía libremente invitándolo al aire y a la vida; pero los malignos ojos ordenaron: “¡Permanece aquí! ¡Ahora debes morir!” Entre el verde de las hojas apareció una pequeña lengua disparándose como un rayo entre nubes de tormenta; y el pobre pájaro – las alas elevadas al cielo, pidiendo ayuda y con un grito del más espantoso horror – cayó muerto con la garganta abierta.

Parsifal se estremeció, y se dijo: “Los animales son sagrados, pero sólo para nosotros los hombres, para la muerte no hay nada sagrado, ni lo excelso, ni lo bello ni lo inocente!”

Profundamente conmovido quiso dirigirse nuevamente al castillo. Pero se encontró súbitamente bajo una sombra. En su entorno, en el inalterable esplendor del mediodía de verano, entre él y el sol flotaba una nube no más grande que una mano. Pero hoy Parsifal no miró hacia la altura como en días anteriores donde la misma pequeña nube había aparecido inesperadamente en el cielo; petrificado miró al suelo ya que hoy entendía que era la sombra de la muerte que caía sobre él.

Se produjo un profundo cambio en su rostro. En lugar de mostrar sus internas emociones construyó un muro en contra del mundo, ante esta fría, severa implacable visión, cualquier ojo habría bajado avergonzado. Esta era la

misma situación de Parsifal cuando ordenaba un decisivo ataque a los infieles. Ahora levantó la cabeza y la echó atrás con orgullo y rebeldía. Pero enseguida su mirada se encontró de nuevo con la naturaleza que lo rodeaba, la que hacía pocos momentos había estado observando intensamente, así que las nubes se situaron sobre el ardiente sol que iluminaba sus ojos, su mirada se suavizó, miró hacia el mar inquisitivo, y tuvo que secar una lágrima que brotaba lentamente dificultando su visión. Con apasionada emoción observó la lejana línea del horizonte, sus ojos se posaron en uno y otro lugar. Era evidente que buscaba algo. Pero una y otra vez su sentimiento de impaciencia quedó decepcionado. Esperaba a su hijo Lohengrin. Hacía poco había partido para hechos caballerescos, el joven héroe era esperado día tras día en el castillo del Gral; hoy debía llegar (por lo menos según el anuncio hecho por el cisne). Parsifal sintió como la nube que le había robado el esplendor del sol lo rodeaba como un sudario y su ansiedad por el querido hijo creció.

No se debe creer que en aquellos lejanos días los hombres sintiesen el actual temor ante la muerte. El poco valor que en apariencia se daba a la vida podría hasta escandalizarnos; algunas veces nos daría casi la impresión de una blasfemia. Ante una visión más cercana puede reconocerse que el contenido de la vida entonces era, en comparación a la nuestra, considerablemente más intensa; la existencia era una especie de ardiente fuego. Por todas partes se aspiraba a alcanzar unas elevadas y lejanas metas; no sólo lo hacían reyes y caballeros, también se daba en aprendices, artesanos y campesinos. Por todas partes había luchas e inseguridad, pero también por todas partes existía valor ante la muerte y la libre visión de un diáfano futuro, el hombre no se encerraba en el oscuro foso de un estrecho egoísmo falto de amor. Para cosas que ahora no nos parecen dignas de sacar la espada, entonces miles y miles perdían la vida. Por la fe y por la superstición morían innumerables seres, después que pacientes hubiesen sufrido numerosas penalidades. Si el honor de una persona era rozado por la más leve sombra de difamación se estaba dispuesto, sin la menor duda, a situarse ante las puertas de la muerte. No era la vida lo importante, lo importante era la muerte. Ahora la vida es algo aparte de nosotros mismos, por lo que debemos sujetarla e intentar mantenerla, lo mismo que el dinero y las

propiedades ya que la muerte es la bancarrota. Alargar la vida, así como paliar los dolores físicos, es la primera meta en nuestra existencia, de esta manera la vida es un fin, en lugar de ser simplemente una situación. Así, el miedo a la muerte sitúa su sombra sobre cada sendero luminoso de la existencia; a esto hemos llegado, en lugar de vivir nuestra vida, hasta cierto punto, sólo la vamos prolongando. Es descolorida, opaca, desabrida, en comparación a la de antes, y a pesar de ello queremos alargarla.

En la Edad Media no era raro ver que los martirizados acataban a sus verdugos; ahora ningún dolor es suficientemente grande para que la muerte sea necesaria.

Parsifal no temía su muerte; estaba preparado para presentarse ante el trono de su Dios. No se asustaba ante su muerte, pero sí ante la muerte. Su pensamiento y sus sentimientos estaban de tal modo inmersos en la naturaleza que nada podía dolerle más que la separación de la imagen de eterna belleza de este mundo. Todo lo que contenía su entorno resonaba en su corazón y constituía su propia vida; si quería entender su propio “yo” debía mirar hacia fuera, donde se encontraba a si mismo, siéndole todo más fácil y completo que en su propia inmersión. Pero ahora, en el momento que quería arrancar de su alma la máscara de la vida, consideraba por primera vez la belleza del mundo como un sarcástico antifaz sobre un espantoso rostro; no vacilaba por miedo sino porque bajo sus pies había desaparecido el suelo. ... a esta sensación se añadió una inquietud: ¡Parsifal era rey! Aunque no tuvo que mantener ningún reino, ni unos bienes terrenales, y menos aun el afán de conquista, se había confiado a sus manos un asunto divino, y le fue necesaria mucha experiencia del mundo, mucha prudencia y una especial madurez de juicio para llevarlo a buen término. Lo que ante todo le fue necesario fue el incuestionable prestigio de una potente personalidad. Así Parsifal, en los diez años de su reinado, había salvado a los Caballeros del Gral de un estado de profunda decadencia, los confortó y con un desarrollo feliz se entró en un auténtico florecimiento. Desde este lugar llegó a toda la cristiandad su bendición. ¿Es que su muerte podría interrumpir este florecimiento? Los Caballeros eran todos nobles y entusiastas, pero a menudo buscaban un mayor sentido a su vida; en su centro necesitaban un ejemplo vivo y excelso. La envidia, la altivez y la

obstinación debían ser ahogadas en su origen por una palabra real, difundida por igual con profundo respeto. ¿Quién podría reinar como Parsifal? ¿Quién podría ostentar su excelso mérito con tanta humildad? ¿Con una tan suave mano forjar en cada uno la férrea cadena del inflexible deber? ¿Quién sería tan rápido, tan audaz, tan decidido que antes que el cauteloso hubiese manifestado sus reparos ya se habría cortado la cabeza al enemigo? ¿Y al mismo tiempo tan prudente en la indulgencia, teniendo siempre presente que el tiempo de Dios era la eternidad?

La muerte de Parsifal significaba un evidente peligro para la obra sagrada del Gral. ¿Estaría el joven Lohengrin maduro para el oficio de rey? Seguro sí por la nobleza de sus sentimientos; su elevada personalidad lo colocaba casi excesivamente alto por encima de lo habitual, como el luchador arcángel de las pinturas italianas parecía flotar por encima de nuestro mundo casi sin tocarlo con la punta de los pies; precisamente por esto había caballeros a los que no les gustaba. Igual como en un templo de Dios gótico en él todo se dirigía hacia el cielo, en cambio no poseía la fuerza que su padre Parsifal tenía en el contacto directo con la naturaleza y con todo el género humano. Antes de llegar al esplendor y al poder, antes de proteger al Gral de su profunda indigencia, Parsifal había pasado por intensos dolores. Lohengrin sólo conocía una grandeza segura y victoriosa. Durante muchos años Parsifal había estado de rodillas ante el desnudo fuste de la sagrada lanza que lo había consolado con fe y esperanza de la doble apetencia del cuerpo y del alma. Para Lohengrin la fuerza del Gral era el pan de cada día. ¿Cómo sería capaz de poseer la humildad y la fuerza del sufrido héroe, el único que podía mantener la inigualable santidad, pura y victoriosa?

Así asaltaron muchas inquietudes al Rey. Pero cuando sintió en su corazón la frialdad de la muerte sólo sufrió por el temor de que el padre no lograra abrazar más a su hijo. Con ojos suplicantes miró a lo lejos, hacia aquella lejana línea donde el azul-verde del mar, casi inadvertidamente, se fundía con el azul del cielo. ¡Abrazar de nuevo a Lohengrin, aun que fuese sólo una vez! Esto era lo único que le pedía a Dios ...

Lentamente le desapareció a Parsifal la conciencia del entorno. Tampoco pensó que los caballeros – que en este único lugar, donde en

soledad podía comunicarse con Dios y con el mundo, no se atrevían a molestarlo - ante su prolongada ausencia podrían inquietarse. Sus pensamientos se trasladaron a lo largo de su camino vital. Los diez años de su reinado le parecieron un sueño. Con vivas imágenes de un claro recuerdo pasaron ante él los duros años de búsqueda del Gral. Casi ni una sombra habían dejado las heridas y las privaciones de aquellos tiempos; y sobresaliendo entre la multitud de encuentros con caballeros amigos y enemigos, los maliciosos y los benévolos, aparecía la imagen del fiel animal con sus grandes ojos, tiernos y amistosos: el lenguaje del noble caballo tenía para Parsifal una manifestación de vida, como ahora el silencio de la naturaleza era una manifestación de muerte. Pero con violencia aparecía en el pasado la indestructible presencia del jardín encantado de Klingsor con sus seductoras y destructoras imágenes, allí donde Parsifal vivió por primera vez el dolor, y entre los lamentos de este mundo conoció la “divina queja” ¡Una queja! Ahora resuena de nuevo en su atento oído ... lejana ... lejana...pero con la intensidad de un sonido lleno de goce como no hay otro en el mundo ... ¡la voz de su madre!

Con veloz rapidez el recuerdo regresa al lejano camino inmerso en toda clase de acontecimientos, cuando el necio muchacho llega por primera vez al reino del Gral, cuando regresando al pasado vuelve al linde del bosque donde se le ofrece a la vista el valle natal, alegre como una cuna, silencioso como una tumba, donde puede reconocer claramente la imagen de la madre con las manos levantadas, la mirada, eternamente desconsolada dirigida hacia el oscuro bosque que se ha tragado al hijo. Y ahora Parsifal se arrodilla a sus pies y la estrecha contra su corazón ...

En este instante Parsifal siente que toda su vida se ha reducido a la nada. Se encuentra claramente ante él su entrada al mundo, como si hiciese pocas horas que hubiese nacido y de inmediato llega la muerte; entre estos dos portales, ante la eternidad, su propio cuerpo, toda su vida es la sombra de un sueño. Parecido a una de aquellas imágenes marinas ricamente estructuradas, suaves, transparentes, que al tomarlas en las manos para observarlas de cerca desaparecen entre la espuma que cae goteando en el extenso mar.

Ahora desde abajo resuena el alegre y potente son de las trompetas: por el amplio mar se acerca un luminoso caballero sobre una pequeña navecilla que una paloma con doradas cintas arrastra hacia la playa

¡Lohengrin!

Pero Parsifal se encuentra tan cercano a la muerte que ha alcanzado el máximo grado de sabiduría humana del que tanto saben los santos hombres de la India, y ha superado el “deseo del hijo”. Todo lo que los demás perciben, lo que él mismo tan ansiosamente había esperado, ya no lo ve. Capta todavía los sonidos, percibe el fragor de los trombones que lo llaman ante el trono del Todopoderoso. La oscura noche cae sobre el mundo, la conciencia de vida, la suya propia, desaparece por completo, sólo sabe una cosa: ¡Ahora el Gral empezará a arder!

* * *

Cuando Lohengrin llegó al castillo y acompañado por algunos caballeros subió rápido al más alto lugar, ya era de noche. En el cielo brillaban las estrellas. Al llegar arriba permanecieron inmóviles, el Rey parecía estar inmerso en la contemplación de las constelaciones. Lohengrin imaginó que su padre estaba escuchando el son de las esferas del cual tan a menudo le había hablado. ¡Y realmente sí las escuchaba!

* * *

Pocas horas después los caballeros entraron en el templo del Gral. En su centro se encontraba el despojo terreno del inigualable Rey, con dolor y las cabezas bajas uno tras otro fueron inclinándose llorosos ante el féretro, besando las manos del real amigo que tan pronto les había sido arrebatado, a ellos y a la cristiandad.

Cayó la cubierta del Gral. Unos luminosos rayos aparecieron en el Sagrado Vaso; de esta manera quería Dios mostrar su presencia ante los devotos caballeros. Así les comunicaba el porque en pleno florecer de su

juventud Parsifal les había sido arrebatado. Con este sacrificio debía expiar la culpa de haber abandonado la madre en su juventud, de haberla olvidado, llevándola por su ligereza al desespero y a la muerte; debido a esto solo pudo ostentar la corona durante diez años, y no sólo él era el culpable, dicha culpa se había extendido por todo el mundo.

Entonces el Gral ordenó que Lohengrin debía asumir la misión de su padre. Para esto se le había ordenado volver a casa con pena y dolor. Irradiando victoria y esplendor tuvo que vaciar por completo el amargo cáliz de la vida humana. Todo lo que en su juventud había soñado, su corazón ansiado, su elevado espíritu esperado apareció ante sus ojos como una noble, pura y bella doncella, una corona en la creación de Dios; pero así como la muerte precipita nuestro cuerpo en la oscuridad de la tierra, así también los primeros besos, los apasionados abrazos lo llevaron a la oscura profundidad del sepulcro y el floreciente amor humano le fue eternamente arrebatado. Lohengrin estaba destinado a algo más elevado. Ahora, augusto, se encontraba allí, digno de la alta misión, por encima de la felicidad humana sus claros ojos miraban libres hacia el más allá. Y cuando el nuevo Rey, con profundo fervor, cogió en sus manos el Sagrado Vaso, este se iluminó con tal esplendor, como nunca antes se había contemplado. Algunos caballeros creyeron ver unas llamas sobre el cáliz y estuvieron convencidos que en este momento el alma de Parsifal había volado al cielo. Pero sólo Lohengrin sabía que su padre ya estaba rezando por él en el cielo y que allí mismo se había producido un milagro de Pascua ya que esta llama había penetrado hasta lo más profundo de su corazón. Ella le había lanzado una clara luz sobre algo que hasta el momento había permanecido oscuro, había abierto ante él un nuevo mundo; también había percibido voces que nunca antes había escuchado. Se trataba del viejo mundo, el que siempre había existido, y también las voces eran tan primitivas como el rugido del mar contra las rocas, pero por la gracia del Espíritu Santo, Lohengrin entendió el lenguaje de estos seres como el suyo propio.

Así, de esta muerte surgieron llamas de vida eterna. Esta luz fue el último legado de Parsifal.

